

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Hacer memoria: fuente de energía,  
resistencia y creatividad [Remembering: a  
source of energy, resistance and creativity]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.  
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy  
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Céspedes, Geraldina
Publisher	EATWOT's International Theological Commission
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-28 12:14:34
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/187656">http://hdl.handle.net/20.500.12424/187656</a>



# Hacer memoria: Fuente de energía, resistencia y creatividad

A propósito de los 50 años del Vaticano II

Geraldina CÉSPEDES op

*Remembering: a source of energy, resistance and creativity:  
about the 50 years of Vatican II.*

## **Abstract**

The article assumes that the Second Vatican Ecumenical Council is seen as the most significant ecclesial event of the last centuries; and, as such, the Council has the power to provoke us. The building of the memory of the Council could be a source of energy, strength and creativity to the Church, in listening and following up the “Ruah” that is always in process of renovation. The article indicates some demands that make possible a memory of the Council able to launch us towards future and to help us to recreate the present and to imagine the future of the Church comprehended as “People of God”. Some of these demands are as follows: (i) Overcome some sort of idealized, nostalgic and apologetic memory that takes the Council as a total break of the church with its past; (ii) Avoid the condemnation, without any reason, of those attitudes that seem to express a distancing of the proposals of the Council; (iii) Build a contextualized memory that propitiates some ecclesial creativity.

**Keywords:** Vatican Council II. Memory. Church.

### **Resumen**

El artículo parte del presupuesto de que el Concilio Vaticano II es el acontecimiento eclesial más significativo de los últimos siglos, y, como tal, todavía posee la capacidad de provocarnos y sacudirnos. Construir su memoria puede ser fuente de energía, de resistencia y creatividad para la Iglesia al escuchar y seguir la *Ruah* que siempre renueva. Para que la memoria del Concilio sea un impulso que nos lance a crear y recrear el presente y a imaginar el futuro de la Iglesia pueblo-de-Dios, la reflexión que se propone en este artículo indica algunas exigencias: (i) Superar la actitud del simple recuerdo nostálgico, apologético e idealizado del Concilio y de sus frutos, como si representara una ruptura revolucionaria de la Iglesia con respecto al pasado; (ii) No condenar, sin más, las actitudes que parecen expresar un distanciamiento de las propuestas del Concilio; (iii) Construir una memoria contextualizada, no excluyente, que convoque a la creatividad eclesial.

**Palabras-clave:** Concilio Vaticano II. Memoria. Iglesia

Una de las tentaciones que nos pueden acechar en la actual situación socio-eclesial que vivimos es la pérdida de la memoria. El peligro de esta pérdida estriba en que nos priva de una fuente de energía, resistencia y creatividad, pues una memoria bien hecha suscita en nosotros y nosotras un nuevo empuje que nos lanza a crear y a recrear el presente y a reimaginar el futuro.

Ahora que estamos a la puerta de la celebración de los cincuenta años del arranque del Concilio Vaticano II quisiera reflexionar sobre el mismo desde la clave de la memoria, pues creo que hacer memoria (y digo hacer memoria, y no hacer un recuerdo nostálgico) puede inspirarnos para seguir caminando en fidelidad al Espíritu en este interesante y desafiante cambio de época.

### **Hacer memoria de un acontecimiento eclesial fundante**

Normalmente no hacemos memoria de cualquier acontecimiento, grupo o persona, sino de aquello o de quienes han dejado alguna huella y de algún modo han implicado una sacudida a nivel personal y colectivo. Pero ese impacto no lo referimos al pasado, sino que hacemos memoria de algo o alguien que creemos aún tiene la capacidad de seguir sacudiéndonos en el presente. Vaticano II, que constituye el acontecimiento eclesial más significativo de la Iglesia de los últimos siglos, tiene aún la virtualidad de provocarnos y de sacudirnos, y por eso hacemos memoria.

Pero hay que tener cuidado respecto a con qué actitud hacemos esta memoria. No hay que caer en hacer una apología del Concilio o en una visión cargada de añoranza y de nostalgia. Nada de eso nos ayudaría a caminar y a dar pasos concretos en la dirección hacia la que apuntó el Concilio. Lo que nos podría ayudar a avanzar en medio de la complejidad y los múltiples problemas internos y externos que afrontamos hoy como Iglesia es hacer una memoria comprometida que, bebiendo de las fuentes

que nutren nuestra fidelidad y nuestra resistencia, nos ayude a ejercer nuestra capacidad creativa y nuestra vocación profética en cuestiones concretas de nuestra vida eclesial y ante los desafíos más acuciantes de nuestro mundo globalizado.

Una mirada crítica al Concilio Vaticano II y a todo lo que este acontecimiento desató en el seno de la Iglesia no podría hacerse sino desde una cierta actitud de honestidad y sinceridad, así como también tomando precaución para no debatirnos entre los extremos que nos llevarían o a la glorificación o al desprecio de los logros conseguidos en el Concilio. De manera, pues, que ni la apología ni la condena (dos actitudes de las que se alejó el Concilio mismo) nos llevarían a buen camino a la hora de juzgar al Vaticano II. Desde nuestra fe en el Dios de la historia, no podemos mirarlo ni desde el triunfalismo ni desde la derrota, sino desde la esperanza y desde la actitud comprometida de quienes estamos dispuestos a seguir que el soplo de la *Ruah* renueve nuestra Iglesia.

Una de las cuestiones a superar es la tentación del recuerdo nostálgico que nos llevaría a vivir anclados en el pasado sin avanzar hacia el futuro y sin fidelidad a lo real y a las urgencias y clamores del presente. Al celebrar estos cincuenta años hay que estar vigilantes para no convertir la memoria del concilio y las fechas significativas en torno a él, en una ocasión para cantar las glorias del pasado o una ocasión para los lamentos por las carencias y ausencias, por lo que el Concilio debió de decir y no dijo. Es bueno tener presente que hacer memoria implica mirar hacia adelante y no solamente hacia atrás. Curiosamente, lo que nosotros llamamos mirar hacia atrás para los israelitas significaba mirar hacia delante, lo cual es una manera más lógica de percibir el tiempo porque el pasado, ya vivido, lo conocemos y está ante nosotros, mientras que el futuro, desconocido, está detrás, a nuestra espalda. Hacer memoria es, entonces, mirar hacia el futuro, lanzarnos hacia lo nuevo que está por delante.

Otra tentación a superar es la de idealizar el Concilio y sus logros. Hay que superar la visión del Vaticano II como un concilio rupturista y revolucionario o como un concilio simplemente de reformas. En realidad, se puede decir que ambas perspectivas coexisten, tal como lo atestiguan muchas de las afirmaciones de los distintos documentos conciliares. Tampoco hay que caer en idealizar a quienes gestaron, aplicaron y actualizaron en sus contextos concretos este gran acontecimiento eclesial. Ciertamente hubo figuras señeras y proféticas a las que estaremos por siempre agradecidos por su labor antes, durante y después del Concilio; en verdad se desataron procesos interesantes y se dieron pasos significativos, sobre todo si tomamos en cuenta el anquilosamiento en que se encontraba la Iglesia desde hacía siglos. No obstante, creo que hay que mirar el Concilio con cierta humildad y como fruto de una apertura al

Espíritu de una Iglesia que despertó de su letargo (pero que, tras despertarse, parece que muy pronto volvió a echarse a dormir).

El Concilio sigue siendo un referente importante, sobre todo para recordarnos que es posible despertarnos y sacudirnos el lastre que no nos deja avanzar ni tejer caminos de fidelidad al Evangelio y a los gritos y clamores que surgen desde las llagas de nuestro mundo. Hacer memoria del proceso conciliar nos puede ayudar a recobrar la esperanza y a soplar las brasas, insuflando aliento de vida a aquellas afirmaciones más significativas de los documentos que a veces hemos guardado como piezas de museo que exhibimos, pero que no sembramos en tierra para que produzcan frutos.

### Hacer memoria para no desorientarnos

¿Para qué nos serviría hacer memoria del Concilio en medio de la realidad que vivimos como Iglesia?

El profeta Isaías hacía esta invitación: *“Contemplan la roca de donde han sido tallados y la cavidad del pozo de donde han sido excavados”* (Is 51,1). La conmemoración del medio centenario del Vaticano II puede ser una ocasión privilegiada para volver a contemplar la roca de dónde hemos sido tallados, para hacer memoria y no olvidar lo esencial de nuestra vida cristiana y los orígenes de las comunidades cristianas, así como también aquellos acontecimientos decisivos en los que hemos vuelto a mirar a nuestras raíces como Iglesia. Toda memoria apunta a una vuelta al amor primero (Ap 2,4) si éste se ha ido desdibujando y debilitando; se orienta a recuperar lo esencial de nuestra vida cristiana y a despojarnos de los muchos ropajes en que hemos envuelto el mensaje de Jesús; en fin, es una invitación a nacer de nuevo (Jn 3,5).

En medio de las múltiples ofertas, las oscuridades o las lucecitas de brillos y colores que nos pueden alucinar y confundir en nuestro camino como Iglesia seguidora de Jesús, las intuiciones del Vaticano II quizá nos puedan servir como una especie de señal para no desorientarnos en nuestra marcha eclesial. Aunque el Concilio no desplegó todas sus potencialidades ni llegó a parir en sus documentos todo lo que había en su seno, sí apuntó en una dirección clara y hacia un horizonte y unas actitudes desde las cuales se tendría que lanzar una verdadera renovación de la Iglesia. Vaticano II quiso inaugurar un tiempo nuevo en la relación de la Iglesia con el mundo; implicó una sacudida y fue una invitación a “nacer de nuevo” como comunidad eclesial. También nosotros ahora, cincuenta años después, tenemos que atrevernos a inaugurar un tiempo nuevo y a sacudir las hojas del árbol eclesial para que vayan cayendo todas las adherencias y hojas secas que no forman parte de la misión esencial de la Iglesia.

Hacer memoria del concilio Vaticano II tiene sentido si ello llega a convertirse de alguna manera en una señal orientadora de nuestra praxis y si ella es capaz de abrir nuevos caminos de fidelidad al Evangelio en el contexto de hoy. Si el hacer memoria del Concilio no apunta en este sentido, entonces fácilmente podemos convertir la memoria en simple recuerdo de un acontecimiento eclesial importante, e incluso podemos hacer bonitas celebraciones, publicar abundantes documentos y organizar interesantes congresos o jornadas, pero sin que ello se encamine a una transformación y renovación de la misión, el ser y las estructuras de la Iglesia.

### **Hacer memoria desde el contexto de ayer y el contexto de hoy**

Al echar una mirada al concilio Vaticano II para hacer un balance y descubrir nuevas perspectivas tenemos que situarnos en el contexto en el que surge el Concilio y también situarnos en el contexto de hoy. No hay que olvidar que el Concilio trató de responder a una contexto histórico y socio-eclesial concreto y, en ese sentido, él constituye un acicate para que también los cristianos y cristianas de hoy tengamos el coraje de responder a los grandes desafíos que nos vienen de la realidad actual. Es innegable que de los tiempos del Concilio a hoy el mundo ha cambiado radicalmente (aunque la Iglesia no tanto). Sin embargo, en el espíritu del Concilio hay unas intuiciones que consideramos válidas para nuestro hoy.

En torno al concilio surge un movimiento renovador de gran alcance. Pero hay que tener presente que no todo lo que significó el Concilio y los aires que se movieron fueron recogidos en los documentos, pues, por ejemplo, respecto al tema de los pobres y la teología de la pobreza, muchos textos de obispos y teólogos no salieron a luz pública. Un caso concreto al respecto es el de los textos inéditos del teólogo dominico Yves Congar.

Muchas de las intuiciones del Concilio siguen teniendo vigencia para hoy; es más, ellas son urgentes para nuestra Iglesia, por supuesto, no porque sean novedosas, sino porque ellas son todavía asignatura pendiente en la Iglesia, porque no se han dado pasos al respecto o porque lo que se ha dado es más bien un retroceso. Esto podemos decirlo de aquellas cuestiones teológico-pastorales que el Vaticano II comenzó a colocar en su sitio. Entre ellas: la comprensión de la Iglesia como pueblo de Dios, sentando las bases de la superación de la división y la desigualdad clero/laico y apostando por la relación comunidad/ministerios; un nuevo planteamiento de la relación Iglesia-mundo, superando la división y la condena entre la Iglesia y el mundo; la recuperación de la Palabra de Dios como el alma de la teología y como Palabra a la que todos los creyentes deben acceder y de la que deben hacer una lectura orante; los

signos de los tiempos; la misión de la Iglesia; la relación con las otras religiones y con las otras confesiones cristianas; la figura de María dentro de la comunidad eclesial; la sinodalidad y la colegialidad y el papel de las iglesias locales.

Tenemos que reconocer, por un lado, que el proceso conciliar, así como los documentos emanados del concilio aún son pertinentes y relevantes. Pero, por otro lado, tenemos que admitir que en el mismo Concilio encontramos lagunas, ausencias e insuficiencias que se hacen aún más acusadas en este cambio de época en el que tenemos tantas preguntas a las que buscar respuesta y sobre todo tantas realidades clamorosas nuevas a las que responder. El Concilio dijo mucho y muy significativo, pero no lo dijo todo. Como cualquier documento y cualquier conferencia, no agotó todas las temáticas y preocupaciones ni respondió a todas las preguntas de la época en la que se desarrolló. Como acontecimiento situado en un contexto concreto, trató de dar respuesta a las interrogantes que provenían de ese contexto. Y en ese sentido es también un acontecimiento inspirador que nos invita a dar respuestas y a redescubrir nuestra misión en el contexto de las fracturas y las llagas de nuestro mundo y nuestra Iglesia.

Quizá ya se ha dicho y escrito mucho sobre algunas de las lagunas y ausencias del Concilio. Estas lagunas van desde cuestiones teológicas hasta jurídicas o pastorales. Pero más que hacer un análisis de las debilidades del concilio, me gustaría apuntar algunas cuestiones que deberíamos afrontar si queremos ser fieles a la mística del Concilio en las circunstancias de hoy. Si queremos atornillar en la dirección del Concilio y recrear sus intuiciones fundamentales tendríamos que dar la cara ante ciertos temas que afectan cuestiones fundamentales de la vida de los más pobres y temas centrales de la vida eclesial y abrir un proceso de reflexión y de diálogo al respecto. Dentro de estas cuestiones estarían la realidad de empobrecimiento y la creciente violencia en nuestro mundo; los problemas vinculados a la cuestión medioambiental y la explotación del territorio de los pueblos originarios; el desafío del ecumenismo y el diálogo interreligioso; la estructura de la Iglesia misma; los desafíos que en este siglo XXI nos vienen de los avances científicos, la tecnología y los modernos medios de comunicación; la recuperación de la centralidad de la dimensión misionera de la Iglesia; la búsqueda de más espiritualidad y menos religión en este tiempo de efervescencia religiosa en el que mucha gente se siente atraída por una espiritualidad más libre y, al contrario, siente aversión ante las estructuras que ahogan el espíritu; la sinodalidad y la colegialidad, cuyo fortalecimiento sería hoy día testimonial, significativo y eficaz ante los desafíos de la globalización y ante la tendencia al individualismo y al aislamiento.

## Memoria de una opción que busca incluir en vez de excluir

El Vaticano II podría ser catalogado como un concilio que intentó mostrar un cierto carácter incluyente. La actitud de apertura y la inclusión son actitudes desde las que se situó el Concilio. Es el *aggiornamento* y la opción por incluir y no excluir lo que hoy día tenemos que cultivar como Iglesia para poder acoger como un don la polifonía de voces y los nuevos lenguajes en las que se expresa el Espíritu de Dios en nuestro mundo y en las distintas comunidades creyentes a lo ancho del mundo.

Es sabido que en el Vaticano II coexistieron diversas corrientes teológico-pastorales, tal como se puede apreciar al leer atenta y críticamente los distintos documentos. Sin embargo, en todo él hay un eje, un horizonte común que llamamos el espíritu del Concilio y que las podemos sintetizar en unas cuantas actitudes con las que la Iglesia se situará ante los problemas del mundo: una actitud de diálogo, no de condena; una visión de la Iglesia como servidora de la humanidad; una Iglesia que quiso construir puentes, en vez de seguir encerrada en sus muros.

Es interesante darnos cuenta de cómo, en general, la diversidad de horizontes teológicos que se dieron cita en el Concilio no representó, en términos generales, un obstáculo para avanzar y, aunque se dieron tensiones, ellas no frenaron el que se dieran pasos hacia adelante. ¿No sería ello un ejemplo de inclusión y una postura que nos tendría que empujar hoy a construir puentes en la diversidad y a salir nuevamente a los espacios desprotegidos a realizar nuestra misión con menos seguridades, privilegios y ropajes, pero con más sabor a evangelio? Muchas y muchos soñamos con que Jesús al mirarnos como comunidad de creyentes del nuevo milenio nos pueda decir: Iglesia, “No estás lejos del reino de Dios” (Mc 12,34).

Si el Vaticano II representó un giro copernicano en cuanto a cómo la Iglesia se entendió a sí misma y a cómo comprendió su misión, en esta época de cambios rápidos y profundos tenemos el gran desafío de plantearnos un nuevo giro en la dirección apuntada por el Concilio y desde las exigencias de los tiempos de hoy. En este cambio de época en el que son los cimientos mismos de las sociedades y las estructuras socio-culturales y religiosas los que se están desmoronando e intentando reconfigurarse, ¿puede la Iglesia seguir pretendiendo mantenerse en pie y con posturas fijas e intransigentes? ¿Aceptaremos el reto de entrar en un proceso pascual de muerte y resurrección, dejando que se desmoronen estructuras caducas y que nazcan nuevas relaciones y nuevas formas de organizarnos, formas renovadas de realizar la misión y de pensar y celebrar nuestra fe?

Al hacer balance, tenemos que reconocer que como Iglesia aún no hemos realizado los deberes o tareas que nos dejó el Concilio. Y ahora,

además de esas tareas, tenemos pendientes las nuevas que nos vienen de las circunstancias históricas que estamos viviendo. Queda pendiente el realizar la renovación de la misión de la Iglesia en medio del mundo, así como también el hacer una reestructuración y renovación al interior de la Iglesia misma. No se ha empezado a revisar y a dar pasos para superar las estructuras autoritarias y las actitudes intolerantes que impiden el florecimiento de todas y todos los miembros del pueblo de Dios.

Somos todavía una Iglesia que no reconoce la mayoría de edad de los laicos y laicas y que aún no logra reubicarse frente a las mujeres ni sabe colocarlas como sujetos. En los documentos del Vaticano II hay un silencio y una invisibilización de las mujeres, en una época en la que ya habían despuntado los movimientos de mujeres en muchos lugares del mundo. Con todo, creo que hay que reconocer que el Concilio abrió una puerta y creó unas condiciones que nos pueden servir de pasadizo hacia la participación e inclusión plena de las mujeres en el Pueblo de Dios. Podemos tirar de algunos de los hilos de los que está tejido el Concilio, releýéndolos y recreándolos desde una perspectiva inclusiva que nos lleve a asumir con seriedad la práctica del discipulado de iguales a nivel ministerial y magisterial.

### **Una memoria que invita a la creatividad**

El Vaticano II hizo un gran esfuerzo por redescubrir dimensiones de la vida cristiana que habían caído o bien en el desuso y el olvido o bien habían quedado en la sombra o en segundo plano. En su invitación a que volviéramos a las fuentes, el Concilio hizo que se desencadenara un proceso de recuperación de aquellos elementos que fueron rasgos distintivos de la vida cristiana primitiva. Ese fue un camino abierto, pero que el Concilio no llegó a explicitar del todo.

El problema fue que muchas de las afirmaciones más profundas del Concilio y sobre todo el espíritu que animó el Concilio no fueron tomados en nuestras manos. A la luz de la parábola de los talentos (Mt 25,14-30), podríamos decir que ante el legado del concilio Vaticano II, hemos tomado uno de estos dos caminos:

- Hay quienes desde una actitud sabia, diligente y responsable lo han puesto a producir. En la Iglesia latinoamericana tenemos un gran ejemplo de cómo se dio una recepción corresponsable y creativa del Concilio y de cómo muchas de sus intuiciones fueron recogidas y releídas desde nuestro contexto particular. De ello dan razón Medellín, el empuje de las CEBs y la Teología de la Liberación. Ellas no son más que la aplicación del Concilio a nuestra realidad latinoamericana y una muestra de lo que significa guardar la fidelidad al espíritu de este acontecimiento mucho más que a su letra.

- Hay quienes actuando con miedo e irresponsabilidad, cavaron un hoyo en la tierra y enterraron el Concilio y así no produjo ningún fruto ni ningún beneficio, sobre todo para las grandes mayorías empobrecidas de nuestro mundo.

Ahora que hacemos un balance de la andadura de estos cincuenta años es ocasión para atrevernos a crear y recrear. El estar abiertos al Espíritu nos hace creativos, nos hace soñar y asumir riesgos. La iniciativa de Juan XXIII de convocar a un nuevo concilio puso de manifiesto hasta dónde nos puede llevar el Espíritu como personas y como comunidad eclesial cuando estamos abiertos y abiertas a su acción. En vez de la repetición, la rutina o el conservadurismo, el Espíritu nos hace encontrar respuestas creativas y arriesgadas.

Necesitamos acoger el don de la creatividad para que el Espíritu nos lleve a reinventar la Iglesia en este cambio de época. Soñamos con una Iglesia profética y que sea “la humilde servidora de la humanidad”, como decía el papa Pablo VI; una Iglesia que refuerce los vínculos de unidad y que cree una sinergia entre quienes luchan por la vida, la paz, la justicia, la dignidad de las personas y la integridad de la creación.

### **Hacer memoria para seguir andando...**

La mirada al Concilio no nos tiene que llevar a querer repetirlo, sino a recrearlo para que una nueva savia corra por las venas de nuestra Iglesia. Hemos de tomar el concilio y sus directrices como el dedo que apunta, pero sin quedarnos en el dedo, sino emprendiendo el rumbo hacia la dirección señalada.

También frente al Concilio tenemos que aprender a situarnos a la vez en continuidad y en discontinuidad. Discernir entre qué es aquello a lo que hay que dar continuidad y qué es aquello frente a lo cual hay que marcar una discontinuidad, es una de las tareas que tenemos hoy al hacer un balance serio del Concilio.

La mirada a los frutos del Concilio exige armonizar lo nuevo y lo viejo, el ayer y el hoy. La comparación que pone Jesús de que “así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo” valdría para referirnos al Concilio, pues es preciso sacar lo nuevo y lo viejo.

Creo que a la hora de interpretar y reactualizar el Concilio hay que tener presente que los textos no agotan todo el espíritu del Concilio. Hay que, por tanto, tratar de ir más allá de los textos y recuperar el espíritu profundo y la intención que ellos expresan. Hay que fijarse en lo no dicho pero insinuado de alguna manera por el Concilio. Nuestra tarea es la de tratar de explicitar muchas cosas que el Concilio no explicitó; tene-

mos que desplegar todo aquello que el Concilio dejó entre los pliegues de sus documentos; hay que hacer que germine y dé frutos aquello que en los textos conciliares aparece como semilla pequeña esperando caer en tierra buena. Hay muchas cuestiones que en los textos conciliares sólo aparecen de forma germinal. Entonces nosotros tenemos que desarrollarlas y hacer que esos elementos insinuados y sembrados alcancen toda su fuerza y su crecimiento.

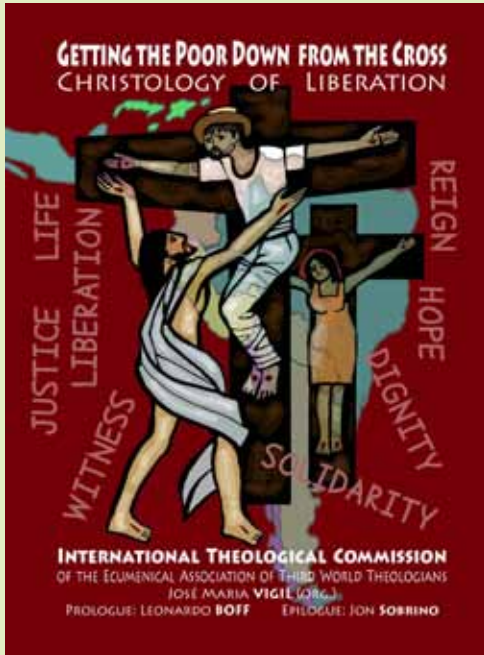
Si el concilio tuvo como sello distintivo su apertura al mundo, hoy se nos exige que, siguiendo ese mismo espíritu del concilio, la Iglesia sea capaz de hacer realidad esa apertura a un mundo que en estos cincuenta años ha cambiado drásticamente. Hay que seguir apostando y luchando desde nuestra fe en que “otra Iglesia es posible”. Esa nueva manera de ser y hacer la Iglesia no supone repetir el concilio Vaticano II, sino confirmar sus opciones fundamentales y, sobre la base del legado que hemos recibido, atrevernos a reimaginar la Iglesia y a dar pasos significativos en lo que respecta a las cuestiones candentes de nuestro mundo y al interior mismo de la Iglesia.

La situación socio-ecclesial en que nos encontramos hoy, en general, parece contradecir muchas de las intuiciones más genuinas y evangélicas del Concilio. En muchos espacios al Concilio ya hace mucho que se le ha dado sepultura. Pero también hay muchos otros espacios eclesiales en los que no sólo se habla del Concilio, sino que sobre todo se practica el Concilio. Son las comunidades y grupos, parroquias y algunas diócesis en los que el Concilio aún sigue vivo y es tomado en serio. Ellos son la memoria viva de un acontecimiento alentado por el Espíritu que debe durar y del que no podemos prescindir como punto de partida para emprender el camino hacia una auténtica renovación de la Iglesia. Hacemos memoria del Concilio para recuperar las energías, la creatividad y la capacidad de resistir y de soñar que otra Iglesia es posible.

# Getting the Poor Down From the Cross

## Cristology of Liberation

A classical work of EATWOT's International Theological Commission



In 30 days after the «Notification» against Jon Sobrino, the EATWOT's International Theological Commission requested and collected the contributions of more than 40 theologians, from all over the world, to reflect and testify about their theological work, as «getting the poor down from the cross».

As a result, there is this digital book, which in its first week -40 days after the «Notification»- registered more than three thousand downloads.

It continues to be on line for downloading in several languages (English, Spanish, Italian) and in paper (English, Spanish, Portuguese).

Printable originals with full resolution can still be requested for local editions without profit purposes.

**Getting the Poor Down from the Cross:** still on line digital edition, which was printed on paper in many places, 314 pp

**Bajar de la cruz a los pobres:** edición digital en línea, y también una edición en papel, por Dabar, México 293 pp.

**Descer da Cruz os Pobres:** edição só em papel, pela Paulinas, São Paulo, 357 pp

**Deporre i poveri dalla croce:** edizione soltanto digitale, nella rete.

More information at the webpage:

**[InternationalTheologicalCommission.org](http://InternationalTheologicalCommission.org)**

See also, alternatively: **[servicioskoinonia.org/LibrosDigitales](http://servicioskoinonia.org/LibrosDigitales)**